

30º aniversario de la revista *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*
José Luis Martínez Albertos: «Estudios nació como revista artesanal guiada por la intuición periodística»



José Luis M. Albertos ojea el primer número de la revista *Estudios*.

Javier Mayoral
EMP ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/emp.97747>

José Luis Martínez Albertos (Vigo, 1930) nació justo el año en que Manuel Graña publicó sus memorables *Ejercicios y orientaciones de Periodismo*. Algo se veía venir. Durante el bachillerato (que constaba entonces de siete cursos), fue corresponsal del diario *Baleares*. Al acabar la carrera de Derecho, Martínez Albertos viaja a Madrid y se matricula en la Escuela Oficial de Periodismo. Comienza entonces su inmersión en el ejercicio profesional. Escribe en la revista *La actualidad española* («ahí me fogueé como reportero», cuenta) y algo más tarde en *Nuestro Tiempo*, fundada por Antonio Fontán en 1954 y en la que José Luis Martínez Albertos es director entre 1962 y 1963. Después de trabajar como redactor jefe en *El Diario de Navarra* y *El Correo Español*, puso en marcha y dirigió el diario *La Provincia*. En 1968, el Tribunal de Orden Público llegó a pedir para él seis años y un día de cárcel por «difusión de noticias peligrosas» en la revista *El Mundo*, de Barcelona. Esas «noticias peligrosas» estaban relacionadas con un simple reportaje sobre el sindicato Comisiones Obreras, considerado «subversivo» por el régimen franquista.

Cómo citar: Mayoral, J. (2024). «José Luis Martínez Albertos: “Estudios nació como revista artesanal guiada por la intuición periodística”». *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 30(3), 677-680. <https://dx.doi.org/10.5209/emp.97747>

«La actividad periodística profesional es importante, todavía hoy e incluso para perfiles muy académicos», dice Martínez Albertos. «Ayuda a ser mejor profesor de Periodismo al menos un año de experiencia profesional», matiza. Su trabajo en las redacciones coincidió en gran medida con las primeras tareas docentes. Ya en 1959 dio sus primeras clases de Periodismo en un curso de verano organizado en Pamplona por Antonio Fontán y Ángel Benito. En Barcelona fue profesor en la Escuela de Periodismo de la Iglesia. En Madrid impartió clases en la Escuela Oficial de Periodismo. Luego llegó la enseñanza universitaria, en la que la aportación de José Luis Martínez Albertos ha sido decisiva. En 1972 leyó su tesis doctoral, difundida también en formato de libro. En 1974 se publicó *Redacción Periodística. Los estilos y géneros en la prensa escrita* (Barcelona, ATE), semilla de buena parte de todo lo que vendrá después: al menos siete libros, una treintena de colaboraciones en obras colectivas y casi 90 artículos académicos.

«Cuando aspiré a la cátedra de Periodismo, fue necesario defender que la Redacción Periodística tenía personalidad propia, que su enfoque era distinto del propio de la Gramática», recuerda sobre aquellos años en los que se definía el estatuto científico del Periodismo. José Luis Martínez Albertos, que se jubiló hace 20 años, admite estar hoy muy desligado del mundo académico. Aunque sabe que él tiene nombre de libro (el «Martínez Albertos», como era conocido su *Curso General de Redacción Periodística*), accede gustosamente a hablar sobre la revista académica, coordinada y editada por Bernardino M. Hernando, cuyo primer número vio la luz en 1994. Hace ahora justo 30 años.

P. ¿Cómo nace *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*?

R. El origen inmediato es una publicación académica encargada por la Facultad de Ciencias de la Información. Se produce incluso un sorteo para publicar una especie de monográfico para cada departamento. En nuestro caso, nos tocó en quinto lugar. Editamos un número sobre nuestra disciplina, la Redacción Periodística, aunque no se utilizó esa expresión porque ya entonces se pensó que había quedado algo anticuada. Yo jugaba con una doble denominación: «Redacción Periodística» y «Análisis del Mensaje Periodístico». Fue entonces cuando nos planteamos hacer una revista propia, con periodicidad regular, que se llamara *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. De ese modo nos declarábamos seguidores de una tradición. Y eso es importante. Para bien y para mal. Era importante recoger las enseñanzas de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, la Escuela Oficial de Periodismo, con sus tres delegaciones, y luego las enseñanzas ya universitarias.

P. En este primer número de la revista, Martínez Albertos escribe sobre la tesis del «perro guardián». ¿Sigue viendo el periodismo de hoy como contrapoder que vigila al resto de poderes?

R. La razón de ser del periodismo es actuar como «perro guardián». Esto es evidente. Si no lo es y se dedica a otras tareas que no son las de vigilancia,

pues... Pero es cierto que la evolución del periodismo quizá vaya por ahí y se rompa ese mito. Puede ser que ahora el periodismo deje de ser el guardián de las instituciones. No sé exactamente por qué. Porque hay muchos intereses económicos, porque el mundo de la comunicación se ha convertido en una masa informe en la que el periodismo clásico no se desenvuelve bien o, quizá, porque es difícil dominar la inmediatez en un contexto dominado por muchos medios e infinitas redes sociales.

P. Se señala con frecuencia el peligro que supone para el periodismo el poder político o el económico. ¿Y el poder de ciudadanos y ciudadanas en su papel de audiencias? ¿Pueden las audiencias ser peligrosas para el periodismo?

R. Cada vez más, cada vez más... En la época del periodismo escrito, antes de que llegaran la radio y la televisión, la comunicación estaba muy controlada por los profesionales. Cuando había un problema o una protesta, se canalizaba muy bien. Para eso servían, por ejemplo, los espacios de «cartas de los lectores», que yo sigo leyendo con placer. En cambio, hoy la respuesta a los mensajes de los profesionales de la comunicación puede ser caótica, diversa, difusa, difuminada... Es muy difícil hacer frente a esa respuesta. Este juego dialéctico es imprevisible. Resulta imposible saber qué ideas triunfarán. De acuerdo con la tesis liberal se imponen siempre las mejores ideas. Vamos a ser ingenuamente liberales, optimistamente liberales... Lo he sido y quisiera seguir siéndolo.

«Lo más importante era la novedad del enfoque. Nos gustaba que el planteamiento no fuera repetitivo, que no se tratara de la misma historia de siempre. Eso era lo determinante. Y en segundo lugar, era importante que tuviera buena documentación»

P. Vuelvo a la revista de *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. Hoy suena extraño, pero en 1994 no era fácil encontrar revistas en las que publicar trabajos de investigación.

R. En el número 1 se dice que la revista también está abierta a los alumnos y a otros investigadores. En aquellos años el perfil del profesor universitario era más docente que investigador. Creo que en gran medida la revista ha cumplido su objetivo. Incluso, durante los últimos años, ha sido un canal muy valioso para que los profesores acumulen los méritos necesarios para su promoción académica. En honor a la verdad debo decir que la profesora María Jesús Casals desempeñó un papel muy importante en la valoración académica de los textos que se iban publicando. Además, consiguió que la revista estuviera en un grupo selecto de publicaciones. Esto supuso que, durante los últimos

años en los que yo permanecí en el departamento [Periodismo I, en la Facultad de Ciencias de la Información], hubiera una avalancha de artículos, atraídos por el mérito que suponía publicar en una revista como *Estudios*. Durante una época nos repartíamos el trabajo de revisión de textos entre los propios miembros del departamento que formábamos parte del Consejo de la revista. Recuerdo que había algún profesor, pero solo alguno, de otros departamentos.

P. ¿Cómo era un buen texto para la revista hace treinta años?

R. Me pones en un apuro... [Ríe] El encargado inicialmente era Bernardino M. Hernando. Cuando llegaba un artículo se le pasaba a él. Al principio no había ninguna comisión. Era un trabajo artesanal. Un trabajo que hacíamos un grupo de colegas y amigos. Debo reconocer que nos guiábamos fundamentalmente por el instinto. Lo más importante para nosotros era la novedad del enfoque. Nos gustaba que el planteamiento no fuera repetitivo, que no se tratara de la misma historia de siempre. Eso era lo determinante. En segundo lugar, la documentación. Mirábamos si la documentación parecía seria o si todo el texto era un caldo de cerebro que el autor se había sacado de la manga sin ningún fundamento. Y el tercer factor, que también podía influir, era que el artículo lo enviara algún amigo. Podía ocurrir alguna vez, pero poco. En todo ese proceso aplicábamos un instinto más periodístico que académico.

P. Eran textos reflexivos, con poca atención a la metodología y con poca cuantificación.

R. [Silencio].

P. Sobre todo, en comparación con los artículos que se publican ahora.

R. No he seguido muy en contacto con las revistas académicas. Cuando me jubilé, me dediqué al Máster de ABC y a la Comisión de Deontología de la FAPE. Y luego, por cuestiones personales, he estado alejado del mundo académico. No sé muy bien qué decir.

P. Ahora tal vez hayamos creado un molde que nos ha terminado apresando.

R. Antes no existía esta especie de psicosis actual de tener que producir artículos para los procesos de acreditación del profesorado. Es verdad que ahora, quizá por esa necesidad, tal vez los trabajos académicos parecen casi todos salidos del mismo molde, como si se tratara de fabricar churros. Antes de que naciera *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, realmente no había publicaciones que dieran cauce a los trabajos académicos de investigación. Nos nutríamos con libros como los de la editorial argentina Nueva Visión. O con textos muy interesantes que editaba la UNESCO de autores norteamericanos. O incluso con algún trabajo incluido en el boletín que difundía la Escuela Oficial de Periodismo. Pero poco más. En la etapa inicial de los centros universitarios, además, estábamos agobiados con la organización de la docencia. Apenas había tiempo para la investigación.



José Luis Martínez Albertos
(Archivo fotográfico de la Universidad de Navarra.
Autor: José Galle).

P. ¿Cómo era el ambiente académico, tanto en lo docente como en la parte de investigación, en sus primeros años como profesor?

R. Al comienzo, en Pamplona, viví una situación idílica, sensacional, maravillosa. Estábamos empezando todos. Había pocos estudiantes y el ambiente académico era magnífico. En Barcelona ya fue muy distinto. En las aulas se acumulaban más de 200 alumnos. Era un caos... Un día pregunté a un joven que estaba en un pasillo si no pensaba entrar al examen. «No, si yo soy policía», me respondió. Y no era el único. Había más policías por aquellas aulas. Cuando di el salto a Madrid, venía ya curtido por mis cuatro años de Barcelona. Pero no lo niego: también esa época de los primeros teléfonos móviles en clase fue difícil, dolorosa y frustrante.

P. A una persona joven que quisiera hoy estudiar Periodismo y hacer carrera académica, ¿qué orientación personal y profesional le daría?

R. [Sonríe]. No te responderé directamente. Yo he vivido diferentes etapas del periodismo. Viví la fase que llegaba al periodismo, para entendernos, como escritor fracasado. Gente que quería escribir y encontraba en el periodismo una salida. Luego viví otra etapa, al comienzo de las facultades [a principios de la década de 1970], en la que mucha gente llegaba al periodismo pensando en un quehacer político. En Cataluña especialmente eso era muy visible. Hubo otro momento, que yo presencié en Madrid, en el que el periodismo se puso de moda entre las clases acomodadas. Era una carrera vistosa, porque los periodistas salían en televisión y tenían notoriedad... Ahora a un estudiante de Periodismo le diría que vale la pena si tiene preocupaciones políticas y al mismo tiempo cree que el lenguaje es algo que debe cuidarse para la buena relación entre los seres humanos. Siempre que el trabajo sea decoroso, digno y bello, en la medida en que pueda hacerlo así.

P. Trabajar en una redacción puede aportar una perspectiva profesional útil y necesaria también en el ámbito académico, que no debe ser el refugio de quienes ni siquiera se hayan atrevido a luchar por entrar en algún medio de comunicación.

R. Totalmente de acuerdo. Al menos durante un año esa experiencia vital y profesional de un trabajo periodístico puede resultar muy conveniente para el desempeño académico. Al menos un año de experiencia en cualquier tipo de medio. Dentro de estas elucubraciones, hay que partir de la base de que es muy probable que gran parte del periodismo impreso tradicional desaparezca.

«Si tuviera el fuelle que no tengo, hoy me dedicaría a estudiar la vertiente ética del periodismo»

P. Cuando nace la revista había una cierta obsesión por demostrar que estos estudios eran tan «científicos» como cualesquiera otros.

R. Sí, teníamos una especie de obsesión —yo diría que casi enfermiza [risas]— por afirmar nuestra propia identidad como grupo de gente que trabajaba en una línea muy concreta, universitaria también, y que no se debe confundir con los gramáticos. No éramos filólogos. Teníamos un estatuto científico propio. Anoto un detalle biográfico que ilustra este problema. Cuando estaba en la Universidad Autónoma de Barcelona hubo una resistencia a que se creara una cátedra de Redacción Periodística. Martín de Riquer, que fue el presidente de mi tribunal, decía: «Para eso está la gramática». Y aquí en Madrid Fernando Lázaro Carreter comulgaba con la misma idea.

P. Preguntaba esto del estatuto científico, que a mí me parecía obsesivo...

R. ¡Era obsesivo [risas]! Tienes toda la razón.

P. Pero es curioso: ahora no me parece tan obsesivo. Al menos, me parece que tenía fundamento la obsesión. Tal vez hay, y ha habido siempre, poco respeto al Periodismo como disciplina autónoma.

R. En el número 1 de la revista hay algún trabajo que va en esa línea. En otros estudios también he explicado las singularidades del Periodismo y, más concretamente, de la Redacción Periodística. En eso creo que fui pionero, porque me esforcé en aclarar y sistematizar, a veces forzando un poco las cosas

[carcajadas], pero esto que quede entre nosotros... De lo que se trataba era de acentuar las diferencias para marcar nuestra identidad. El periodismo tiene su propio lenguaje, sus propias características, y no se pueden aplicar los mismos criterios de análisis que pueden utilizarse desde una perspectiva puramente filológica.

P. ¿Qué inventaría hoy José Luis Martínez Albertos como herramienta de análisis periodístico? ¿Sobre qué reflexionaría o investigaría hoy Martínez Albertos?

R. Uffffff [resopla]. Bueno, intentaré responder. Mi último trabajo publicado abordaba cuestiones relacionadas con la ética. Si tuviera el fuelle que no tengo en este momento, me dedicaría a estudiar los aspectos éticos del relato periodístico. Ahí sí me gustaría seguir porque creo que es un déficit del periodismo contemporáneo. Insistiría en la necesidad de que los relatos periodísticos estén claramente presentados como relatos (lo que se denomina «distinción»). Insistiría también en la necesidad de verificación para garantizar la base factual de las historias que se cuentan. E insistiría, por último, en la necesidad de contextualizar los relatos para que adquieran verdadero significado. En esas líneas sí que me gustaría seguir trabajando.

P. Se decía antaño que las noticias eran «mensajes no-intencionales». El objetivo fundamental de la noticia era que se conociera algo que debía ser difundido. Qué difícil encontrar hoy mensajes no intencionales...

R. Sí, sí... Quizá sea un planteamiento un poco decimonónico. O de comienzos del siglo XX, más bien. Yo fui un acérrimo defensor de valorar la noticia como mensaje no-intencional, frente a otros mensajes que se difunden (o se difundían entonces) a través de los medios de comunicación: mensajes de propaganda, de relaciones públicas o de publicidad. La noticia es un mensaje no-intencional porque se agota —o consigue su objetivo comunicativo— simplemente con la escueta difusión de su contenido. Así que, en comparación con los otros, la noticia es un mensaje casi angélico. Cuando se produce una desviación de esa no-intencionalidad, debemos estar alerta. Yo trabajé durante casi diez años en la Comisión Deontológica Periodística de la FAPE. Nuestra función consistía en advertir de planteamientos periodísticos que pueden ser peligrosos o incluso nocivos. Comisiones de deontología ha habido muchas, pero, para ser sincero, me parece que esa tarea es muy poco eficaz. Aunque tiene muy buena intención, no resuelve el problema de fondo. Esa es mi impresión.